

La prensa, que de buena fe clamaba por la guerra y contra los abusos, vió sus intenciones torpemente interpretadas, y un acto de despotismo destruyó su libertad, violando una de las primeras garantías de los ciudadanos. Los escritores públicos que, en ocasiones semejantes, habian formado enérgicas protestas, y al sucumbir á la fuerza levantado el grito contra el opresor, callaron entónces humildemente, sin proferir siquiera una queja contra una órden destituida de todo fundamento. El menor indicio de oposicion se hubiera calificado de traicion: la prensa enmudeció, deseando por única venganza que el lauro del triunfo coronara la frente del que ahogaba su voz con una afrentosa mordaza.

En la tarde del 9, la brigada del general Leon, que era una de las destinadas á cubrir las fortificaciones del Peñon, se puso en marcha. El tránsito estaba cubierto de gente: los cuerpos marchaban al compas de una música militar: su aspecto guerrero, su alegría, su entusiasmo, llenaban de gozo todos los corazones: aquellos valientes marchaban al combate como á un festin, como á un convite de amigos. Por donde quiera se escuchaban vivas al ejército, al general Santa-Anna, á la República; y el contento universal presagiaba dias de prosperidad, en que la nacion, independiente y regenerada, ocuparia el lugar que le corresponde en el hemisferio de Colon. La mas espantosa realidad disipó, pocos dias despues, estas halagüeñas ilusiones.



CAPITULO XV.

EL PEÑON.

¿Son éstos los garzones delicados  
Entre sedas y aromas arrullados?  
OLMEDO, CANTO Á JUNIN.

¿Buscais en este artículo la relacion de los combates, el interes político, algo, en fin, que satisfaga la curiosidad, que interprete de alguna manera las pasiones palpitantes de la época? Os engañais. Como los que escriben estas leyendas son mexicanos, no pudieron dejar de consignar en un libro, como el que nos ocupa, un tributo á los recuerdos mas tiernos de México, una página mas bien relacionada con nuestro corazon que con nuestros intereses, una de esas escenas de la vida íntima de los pueblos, que tienen para nosotros la ternura de familia, que indiferentes para los estraños, hallan su correspondencia en el fondo de nuestras almas.

Será esto para algunos un episodio imprudente, tal vez un ripio; para otros será el relicario de sus recuerdos, la consagracion de sus memorias queridas, el noble esfuerzo de que sobrevivan para la ternura nacional los dias ¡ay! demasiados fugaces, en que soñamos con la vindicacion de la patria y con su gloria.

México está conmovida; el bronce de guerra ha interrumpido su silencio lúgubre. Convertida en una vasta ciudadela, todo es agitacion,

todo lleva ante sí la marca solemne que antecede á la gran lucha de un pueblo. Parecen dominar sentimientos encontrados en la poblacion. A la vez que huyen trémulas y despavoridas muchas familias, como de una ciudad que se incendia, atraviesan las calles los ayudantes de los gefes y los dragones; se agrupa el pueblo en distintos puntos de la ciudad; se dirigen á sus cuarteles los individuos de la Guardia Nacional.

Esta institucion augusta, que en su cuna se acababa de dar en espectáculo vergonzoso, recobra ahora su brillo; es, como debe ser, la personificacion generosa del pueblo en accion. Han recibido desde el dia anterior los nacionales órden de marcha para el Peñon, é indecisos primero, murmurándose despues que se pusiese en punto tan resgoso lo mas selecto de la sociedad, temiendo que el precio de una victoria fuese el luto y la orfandad de México, se dudó un instante de la fuerza con que contarían los cuerpos de la Guardia; pero ésta, desmintiendo todas las congeturas, aumenta extraordinariamente sus plazas; luchan á porfia los ciudadanos por engrosar las filas.

El dia 10 era el fijado para la marcha: la brigada del general Anaya va á partir al lugar del combate: en la gran plaza de México hierve el gentío; los balcones y las azoteas de Palacio están coronadas por el pueblo ansioso. La música del 11.º de infantería rompe los aires con sus ecos de júbilo marcial: mil vivas responden; la Guardia Nacional marcha entre las simpatías universales.

*Victoria*, compuesto de la juventud comercial de México; *Victoria*, que representaba inmensas fortunas, con sus uniformes lujosos, con sus donceles apuestos; *Hidalgo*, formado de esceptuados, jóvenes ardientes, ancianos que se habian consumido en la vida sedentaria, padres de familia, condecorados con esos títulos sociales que siempre se respetan; *Independencia y Bravos*, compuestos de artesanos laboriosos, con sus trages modestos, con sus rostros llenos de orgullo, confundidos con todos los buenos servidores de la patria, que cambiaban por el prest del soldado la subsistencia de sus familias, y cuyas armas y arreos tenian una historia de privaciones.

La brigada del Sr. Anaya entra á Palacio: despues recorre por dos veces las calles del centro de la ciudad; las señoras salen á los balcones, al resonar la música que ha convertido la Polka en el himno de

la Guardia: el entusiasmo crece por instantes: los distintos afectos de dolor, de ternura, de interes, se hacen sensibles, y los nacionales con el valor y la confianza en los semblantes, emprenden su marcha al Peñon, saliendo por la garita de San Lázaro.

En el Peñon estaba desde ántes situada la brigada del general Leon, compuesta en su mayor parte de guardias nacionales, entre las que las de algunos de los Estados sobresalian, y cuyo conjunto despertaba tambien simpatías ardientes.

Aprovechemos el instante en que ha hecho un ligero alto nuestra tropa, para recorrer con los ojos el plano que ha tenido la bondad de facilitarnos el Sr. Robles, y sin el que no puede formarse una verdadera idea de la posicion ni de las fortificaciones.

A la simple vista, poco interes presenta en estos instantes el cuadro que se descubre: desde el camino, al Norte, esto es, á la izquierda del espectador, se ve un portal con unos cuartos reducidos: á la derecha, levantándose de un plano, está la inmensa mole de lava volcánica, coronada de tres alturas caprichosas en forma de ondas: por todo abrigo presentaba aquel cerro cuevas inmundas: algunas tiendas de campaña, de arpillera, que tenian una historia mercantil, y donde se disfrutaba la ilusion de no estar á la intemperie, esparcidas, ya á la parte occidental del cerro, ya en la cima, ya al Sur, en grupos desiguales, que blanqueaban al trepar por la aspereza, unas veces en hileras regulares, otras aisladas, indicando para los concedores las mansiones de los primeros gefes militares: un jacalon, una troje angosta é incómoda; he aquí los auxilios que brindaba el ingrato sitio á la Guardia Nacional.

Vamos á entrar en minuciosidades, no solo sin interes, sino muy espuestas al ridículo: despues de la pintura de los sufrimientos inauditos del ejército del Norte, la relacion de la marcha de la Guardia tiene no se qué de melindroso; pero en aquellos dias la presencia del joven elegante, del venerable anciano, del representante del pueblo en la tribuna, del estudiante esclarecido, del artesano modesto, empapados por la lluvia, tostados por el Sol, anhelando una estera como si fuese una otomana, rodeando un figon asqueroso, vagando hambrientos, pero todos llenos de júbilo, conmovia vivamente: á todos se conocia; representaban en un teatro, en que convertian en actores á los

que los miraban: todos los nombres habian sonado en nuestros oidos de un modo diverso en nuestros dias felices.

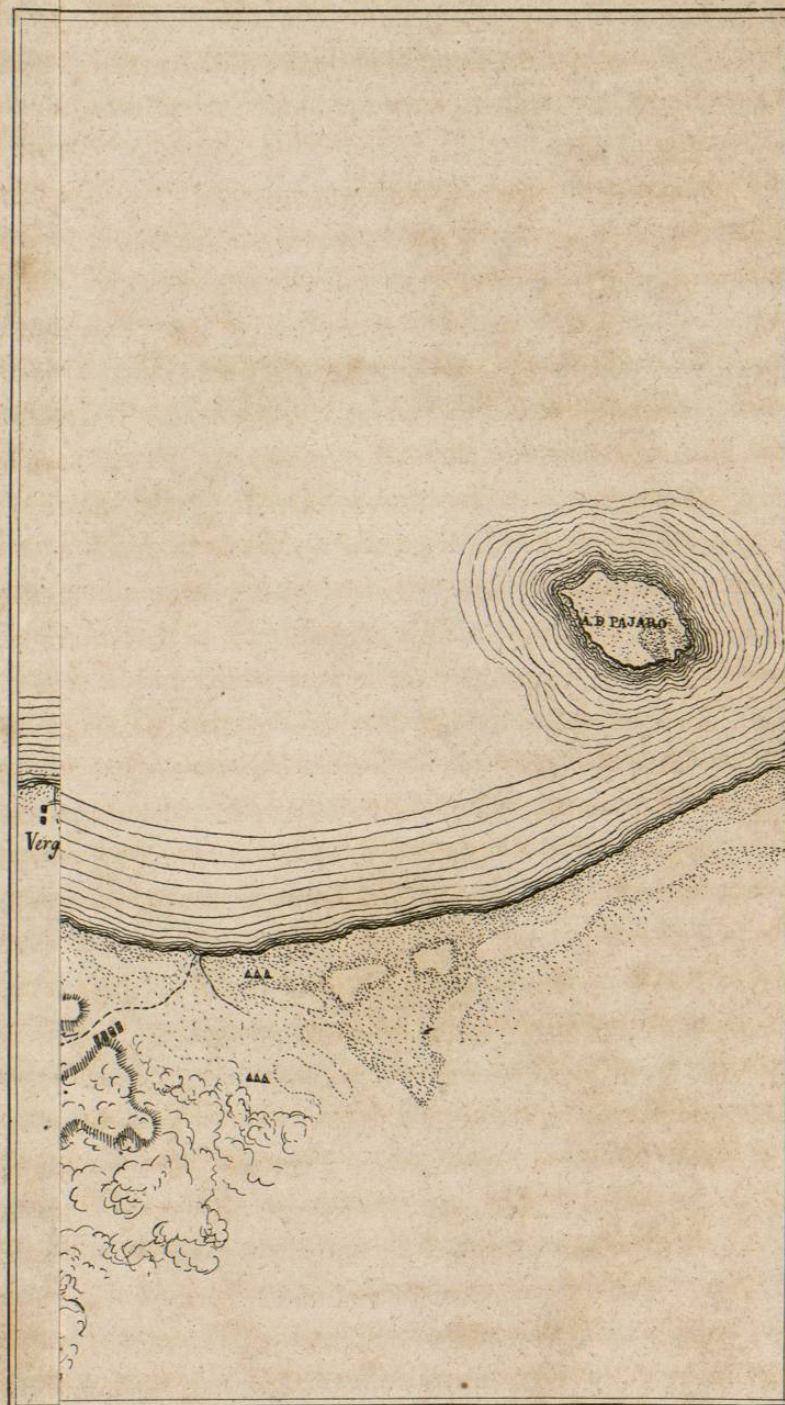
Llega la brigada al Peñon: se aloja del modo que hemos dicho; y la lluvia, que se desata molesta, hizo su primera noche de campaña muy penosa.

El 11 se pasa revista; designan al batallon Victoria la cima del cerro para la defensa: sube en buen orden, y se coloca en aquel punto definitivamente.

Ya hemos dicho que la parte superior del cerro termina en tres eminencias poco distantes, que vamos ahora á recorrer. La mas elevada es *Tepeapulco*, punto atrevido y dominador, que está al Norte: haciendo una ligera ondulacion, que deja una quiebra un tanto plana, está la altura de *Morelos*: despues se deja ver al Sur, el picacho llamado *Moctezuma*. Las obras de fortificacion de estos lugares las marca el plano con bastante claridad, y seria inútil describirlas.

En la mañana de ese dia, con una comitiva lucida, acompañado de sus numerosos ayudantes, llegó el general Santa-Anna al Peñon: lo saludan las marchas de honor y los vivas entusiastas: la multitud acudia en esos instantes: se percibe el afan para la construccion de tiendas, fondas, puestos, cantinas, la improvisacion de una ciudad portátil que brota de la tierra. La gala de los carruages conduce allí á innumerables familias: todo es animacion: las acequias de los lados del camino se han trasformado en canales, por donde se conducen en canoas muebles, útiles de guerra, parque, armamento y curiosos, que hacen su travesía, deslizándose indolentes al compas de los cantos populares y al ruido monótono de los remos.

Sube el general Santa-Anna á la cumbre del cerro: el dia era hermosísimo: no podemos ménos de interrumpirnos aquí para esclamar como el apasionado Hugo Foscolo: ¡Si fuésemos pintores! Ah! ¡si fuésemos pintores! la traslacion fiel de este cuadro que estamos palpando, nos inmortalizaria. ¡Atencion! Figuraos las inmensas llanuras que circundan el Peñon, convertidas en un estenso lago, bañado por el azul espléndido del cielo, y que el Sol reflejando en sus levísimas y cambiantes ondas, convierte en una lluvia perpetua de diamantes. Figuraos como flotando voluptuosa aquella inmensa mole, que ni puede proyectar sus sombras, porque está en este momento circunda-



**CROQUIS**  
**DEL CITIO DE VERACRUZ**  
*por las tropas de los E. U.*

